

MONCHO VIÑA
EDICIÓN: ADRIÁN MENÉNDEZ



VOL V

Moncho Viña nos habla del decano de los torneos veraniegos y de una final histórica, la de 1973, una cita que a Francisco Franco, presente en el palco de Riazor, le pareció eterna.

Historias DE fútbol

EL TH más largo

Hay dos formas de valorar el actual Teresa Herrera, "el trofeo veraniego por excelencia" como se repite cada año en las entradillas de las crónicas de televisión y de las radios y en los titulares de los periódicos.

En A Coruña se le respeta por lo que fue: un guiño al pasado y a la nostalgia de los que han ido viviendo día a día la evolución de A Coruña con el colofón en Riazor, cada mes de agosto, para ver a las grandes estrellas del fútbol. De forma excepcional, porque hasta los 90 el Deportivo no tuvo continuidad en Primera y la visita de los grandes de nuestro país era una gran novedad. Y, como no se había participado en competiciones europeas ni había canales temáticos de fútbol, contar con las rutilantes figuras extranjeras era un lujo. Pero ahora, aquí que los aficionados han disfrutado del mejor fútbol de élite en competiciones oficiales, el trofeo ha derivado en una paradoja: tiene prestigio, pero ha perdido casi todo el interés deportivo.

Fuera de España, sobre todo en Hispanoamérica, el Teresa Herrera sigue teniendo la consideración de campeonato del mundo oficioso de clubs. Y así lo recoge la prensa

de Uruguay, Brasil, Argentina o México cada vez que un club de estos países es contratado para participar. Porque, efectivamente, el Teresa Herrera no sólo fue el mejor trofeo del mundo, sino que tenía un enorme valor oficioso.

Por eso han desfilado por Riazor los mejores equipos de cada época y los mejores futbolistas: Pelé, Garrincha, Di Stéfano, Blokhin, Beckenbauer, Cruyff con el súper Ajax de Rinus Michels... y todos los grandes cracks de equipos españoles.

El Teresa Herrera es el trofeo más antiguo de cuantos se disputa en nuestro país y el tercero de cuantos se han disputado. Los otros dos, la Copa San Pedro y el Fútbol-Playa, han desaparecido hace muchísimo tiempo.

La Junta Local de beneficencia organizó la primera edición en 1946 -siendo alcalde Eduardo Ozores Arraiz, bisabuelo de Pilar Ozores, querida compañera periodista de Onda Cero- con el fin de recaudar fondos para ayudar a los necesitados y, especialmente, para cubrir las necesidades del Hospital de Caridad que se había construido gracias a la donación de sus bienes que había hecho Teresa Margarita

Herrera y Posada, nacida en 1712 y que, después de numerosas penurias desde la infancia -porque su madre se quedó viuda muy pronto y con diez hijos que alimentar-, dedicó todos sus esfuerzos y desvelos a ayudar a los desfavorecidos.

Ese trofeo del 46 lo ganó el Sevilla, el segundo fue el Athletic de Bilbao, el tercero fue el Barcelona y el cuarto, el Real Madrid. En las primeras ediciones era a un solo partido para pasar a convertirse, posteriormente, en un gran cuadrangular.

Cristino Álvarez -sus herederos aún mantienen la farmacia que él regentó durante tantos años en Linares Rivas- se erigió en alma máter e infatigable cabeza visible de la organización, desde casi los primeros años e incluso cuando la asumió el Ayuntamiento de A Coruña.

Ahora, aquí que los aficionados han disfrutado del mejor fútbol, el trofeo ha derivado en una paradoja: tiene prestigio, pero ha perdido casi todo el interés

Por Riazor han desfilado los mejores equipos de cada época y los mejores futbolistas: Pelé, Garrincha, Di Stéfano, Blokhin, Beckenbauer, Cruyff...

El Atlético de Madrid conquistó la edición del Teresa Herrera de 1973 ante el Spartak Trnava, que había eliminado al Ajax de Cruyff en semifinales | AEC

Tantos veranos de fútbol, tantos buenos equipos y futbolistas que pasaron, dejaron para el recuerdo partidos memorables.

En la edición del 73, Franco presidió, en el palco del estadio, la final entre el Atlético de Madrid y el Spartak Trnava checo que, contra todo pronóstico, había apeado en semis al excepcional Ajax de Cruyff. La calidad del espectáculo resultó excelente y los contendientes pusieron todo su empeño en ganar. Los 90 minutos acabaron con empate a uno.

Este resultado se mantuvo después de dos prórrogas de quince minutos cada una y, como el reglamento del trofeo no contemplaba las tandas de penaltis, se siguieron jugando prórrogas de cinco minutos hasta que uno acabase marcando. Tanto el Atlético como el Spartak atacaban, en sucesivas oleadas, pero no había forma de meter un gol. Ya se habían superado los 140 minutos de juego real. Los futbolistas estaban desfallecidos y los aficionados, entusiasmados. Bueno, casi todos.

El jefe de la Casa Civil del Caudillo fue a hablar con Pepe Guillín, delegado del trofeo, y le dijo si era posible que el partido acabase de alguna forma porque Franco estaba cansado y aún debía proceder a la entrega de trofeos. Pepe Guillín le contestó que no se podía hacer nada porque no era posible modificar el reglamento del trofeo y había que esperar a que alguno de los contendientes marcase gol.

El funcionario se fue con el ceño fruncido y Pepe Guillín se quedó muy preocupado porque se le venía encima un problema para el que no tenía solución. Pero, casi de inmediato, Luis Aragonés, el "Zapatones", lanzó una falta que remató con éxito Gárate. Era el 2-1. El de la victoria en el partido más largo de todos cuantos se disputaron en Riazor. ●

